El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8371 — DIARIO DE LA NOCHE. — TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 2 Octubre de 1889

MI OPINIÓN
sobre el conflicto hispano-marroquí.

De esas kábilas salvages
no me espantan los ultrages,
pues el café sin esencia
que toman sus personajes
no es de *El Barco de Valencia.*

Lo extraño es que hayan de ir
hoy los buques por la posta
satisfacción á exigir,
cuando debieran vivir
recorriendo aquella costa.

El pabellón paseado
por un grande acorazado
y una escuadra improvisada,
es un alarde gastado
que no nos conduce á nada.

Téngase dos cañoneros
un vapor y una goleta
todo el año de cruceros,
y esos moros pordioseros
no nos harán otra treta.

Y en menos de un santiamén
les introduzco en la panza
ideas de honor y bien
y hago del Riff un edén
de paz y buena crianza.

Siendo así, me voy al puerto,
tomo pase para el charco,
me calo un turbante ingerto
y cátate *un moro tuerto*
vendiendo café de *El Barco.*

Benigno Sánchez Risueño, Representante general para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia de los acreditados chocolates y cafés de *El Barco de Valencia.*

Recomendamos.—Quinina dulce Bosna.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los Niños, de los viejos, de los tísicos), Disenterías, Vómitos (de los niños y de las embarazadas) Cólera, Tifus, Catarros y úlceras del estómago.
BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

DISPOSICIONES SOBRE VINOS
aplicables á los que produce
EL CAMPO DE CARTAGENA.

II y último.

Hace pocos años, cuando la desmesurada importación de alcoholes de industria invadió toda España ofreciendo ocasión por sus bajos precios para sofisticaciones y fraudes que pusieron en peligro evidente nuestra producción vinica, el entonces ministro de la Gobernación, empujado por el clamoreo y el hondo disgusto de la opinión toda, se vio obligado á dictar una confusa y enmarañada Real orden sobre fabricación y venta de *vinos artificiales*, prescribiendo reglas para aquélla y ésta y estableciendo penas cuya imposición tocaba á las autoridades de los pueblos donde fuesen descubiertas las infracciones.

La obra del Sr. Moret, de aplicación penosa y difícil, no satisfizo á nadie, y entre las primeras y generales manifestaciones de protesta y disgusto con que fue acogida, figura la de la Sociedad Enológica de Cartagena. Las adulteraciones, las mezclas perjudiciales á la salud, *las fábricas de vinos* siguieron su antigua marcha sin que nada ni nadie se les opusiera en su camino, hasta tanto que, disposiciones posteriores, ya derogadas, encarecieron los alcoholes exóticos, que han sido siempre los enemigos más temibles con que ha tenido que luchar nuestra preciada y valiosa producción vinícola.

Nuestra reciente ley de alcoholes, si bien favorece la fabricación de los necesarios a los vinicultores utilizando los sobrantes de sus cosechas ó los residuos de la fabricación de sus vinos, abarata la introducción de los industriales al extremo, de que, perdida la cosecha de uva en cifra importantísima en nuestro país y encarecido por tal causa el valor del fruto por modo notable en la actual campaña vinícola, resultará provechosa la adquisición de aquellos alcoholes á los precios que hoy se cotizan, para con ellos confeccionar y ofrecer á la venta, con el nombre de vinos, bebidas que en muchos casos resultarían, analizadas, nocivas á la salud, y cuando no lo fueren, serían siempre objeto de penalidad por el engaño en la cavidad de la cosa vendida.

No podemos nosotros esperar ni prometernos que nuestras excitaciones lleguen hasta ciertas elevadas esferas donde, por otra parte, no siempre lo razonable y justo es atendido con el interés y celo que merecen. Podíamos y deberíamos felicitarnos si en nuestra propia casa, por nuestras autoridades locales, se prestara á esta clase de asuntos la atención preferente que en nuestro concepto reclaman.

Asegúrannos que dentro de nuestra ciudad, algunos vinateros tienen establecidos depósitos de alcohol, del cual se sirven para arreglar las bebidas que después venden con el nombre de *vinos* á los establecimientos que al detall los expenden al público.

El alquiler de un pequeño local, la introducción y el pago de derechos de consumos de una exigua cantidad de vino puro, y el empleo de substancias para nosotros desconocidas, facilitan y sirven á los industriales de que nos ocupamos para realizar ganancias importantes, haciendo con la mayor tranquilidad y economía deseables las mezclas que mayor provecho les ofrecen, sin cuidarse para nada del respeto que merecen los intereses y la salud de los consumidores.

Siguiendo este camino, sabe Dios cuanto *vino* podrá confeccionarse y venderse una vez adquirido un bocoy de alcohol y satisfecho el impuesto de consumos por unas cuantas arrobas de vino natural.

No sería difícil encontrar en esta clase de bebidas alguna que resultara perjudicial á la salud; pero lo que no admite duda es que los industriales de esta especie eluden el pago de la contribución correspondiente, á la vez que el de los derechos de consumos equivalente á la cantidad de vino por ellos vendida á los establecimientos que surten, y todas estas razones exigen, en concepto nuestro, que las autoridades á quienes corresponde averigüen cuanto pueda haber de cierto en el hecho que se nos ha denunciado.

Si las disposiciones aplicables al caso señalado lo toleran, respétese como es de rigor; pero si la tolerancia prescribe reglas y exige formalidades, y establece penas para el caso de faltas en el cumplimiento de las que ordene, averigüese si se cumplen para en el caso contrario, sin contemplación alguna, hacer efectiva la responsabilidad correspondiente á la falta en que se hubiese incurrido ó se incurra.

Tenemos sobre este punto disposiciones en vigor, laboratorio municipal cuyas excelencias podría tocar con este motivo el vecindario, faltando solo el necesario interés y celo de nuestras autoridades á quienes toca velar por la salud y por los intereses de este pueblo.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

REMEDIOS

Charada

A los trabajos ocultos
Les llaman de *prima dos*:
El *dos tercera* en el agua
Vive como en tierra yo
Y al ver el *todo* de Juana
Mi seso se trastornó.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

INSURRECCION A BORDO

Episodio histórico

En 1494, reinando en Portugal el «muy dichoso» Emmanuel, Vasco de Gama, el intrépido marino partió con cuatro naves en busca de las Indias.

El mayor y más bello de aquellos buques era el «San Gabriel», que hacía las veces de barco almirante.

A su bordo tenía la cámara Vasco de Gama.

Ocho días después de haber zarpado, encontrábanse los navegantes en pleno Océano, á 30 leguas de Portugal y á 60 del Ecuador.

Vasco, en pié sobre el puente, cruzado de brazos y recostado sobre un mástil, dejaba vagar la mirada por el horizonte.

De todo el aparejo de las naves, no se movía una sola cuerda, las velas caían lacias sobre los palos; la calma era completa, tanto como lo es en esos días en que, según el «argot» de la marinería, el mar «se pudre» frase gráfica que retrata perfectamente la quietud absoluta de las aguas, y la completa ausencia de la anhelada brisa.

La mirada de Vasco se animó de improviso al ver que surgía en lontananza un ténue vaporcillo, tan ténue como la nubecilla de humo que se desprende de una pipa oriental. Era bien poca cosa, pero bastaba para esperar un cambio de tiempo.

Los marineros estaban sobre cubierta aniquilados por el calor, desanimados y aburridos.

El capitán no se apresuró á comunicar la buena nueva.

Una equivocación podría traer fatales consecuencias en aquellos momentos en que empezaba á llegar hasta él un rumor vago de descontento, nuncio de una revuelta próxima á estallar.

Vasco de Gama estaba en la flor de la edad: tenía treinta y ocho años.

Poco favorecido por la Naturaleza, era bajo y grueso, su carácter era dulce, distinguidos modales, y su conversación fascinadora. No quiere esto decir que careciese de energía; por el contrario, una mirada suya hacía temblar al más bravo de sus subordinados.

El capitán, firme en su puesto, miraba cómo la nubecilla se aproximaba dilatándose, y absorto estaba en tal contemplación, cuando oyó á un marinero que se llamaba Baltasar decir á otro en alta voz:

«Te digo que la «gama» os sacrifica á su ambición, y si lo toleráis, sois unos imbéciles.»

Una carcajada general acogió la frase. Es de notar que en portugués se llama «gama» á la hembra del ciervo.

Vasco tembló de indignación.

Ya no había duda. Entre su gente cundía el descontento.

Existía á bordo un hombre que, atropellando por todos los respetos, no solo sembraba la cizaña entre los buenos, sino que se atrevía á insultarle en voz alta con un grosero juego de frases.

Era preciso á toda costa contener la rebelión iniciada.

Vasco refrenó su cólera, dió á su fisonomía una expresión de frialdad impenetrable, y esperó.

El día terminó en el mayor orden, salvo alguna que otra frase pronunciada como al descuido.

La calma de la atmósfera continuaba imperturbable, lacias las velas y las embarcaciones inmóviles.

En el momento en que el sol, tiñéndose en rojo, permitía que se le mirase cara á cara, empezó á soplar una ligera brisa.

La tripulación lanzó un grito de júbilo. Vasco mandó empezar las maniobras para virar, pero los marineros se movían con pesadez y como de mala gana. Viéndolo él, hizo reunir á su gente, y rodeado de la oficialidad, cruzóse de brazos, irguió la cabeza y habló así:

—Marineros, amigos míos: vosotros que me habéis seguido hasta aquí por vuestra voluntad, con entusiasmo: vosotros á quienes yo quiero llevar al triunfo, á la conquista, ¿por qué dais pruebas de descontento é insubordinación? ¿Quién de entre vosotros está quejoso? ¿Qué espanto abate vuestros ánimos? Yo debía ser severo, pero no sé hablaros más que como á hijos. La patria tiene puestos los ojos en nosotros. Hablad, explicaos. Ya os escucho.

Profundo silencio siguió á estas palabras.

Muchos marineros bajaron la cabeza, humillados y arrepentidos. Otros dirigían á Baltasar miradas inquietas.

—Baltasar, da dos pasos al frente.

El marinero obedeció y antes de que el capitán le interrogase, dijo en tono altanero:

—Pues bien, mi capitán, no estamos dispuestos á pasar el Ecuador.

—¡Ah! ¿Y por qué?—preguntó Vasco con frialdad.

Los marineros dejaron oir un rumor parecido á los primeros truenos de una tempestad que se aproxima.

Baltasar contestó:

—Estamos contentos con nuestras caras; el sol quema aquí mucho, y no queremos volver negros á Portugal.

Todos gritaron á una voz: ¡Volvamos; no queremos teñirnos de betún!

—Pues bien—replicó Vasco;—yo poseo un secreto para permanecer siempre blancos; mañana voy á revelároslo. Entretanto, sed buenos chicos, y hasta mañana. Ahora, virad, aprovechemos la brisa.

Rompió filas la marinería, y la orden fue cumplida sin vacilar.

Vasco de Gama se retiró con el primer oficial á su cámara, y le dio la orden de avanzar toda la noche, no llamándole sino en el momento en que la gente se sublevase.